

5ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 5,13-16.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

-Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte.

Tampoco se enciende una vela para meterla debajo del celemín sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa.

Alumbre así vuestra luz a los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo.

EVANGELIZAR, SER SAL Y LUZ

Son dos proverbios de Jesús, en forma de parábola, los que recoge el evangelista Mateo para definir «*la misión del discípulo de Jesús*», tras la proclamación de las Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña. Las dos comparaciones, sal y luz tienen finalidades distintas. La primera mira más a la «*vida personal*» del cristiano, la segunda mira más hacia el «*apostolado*».

«*La sal trabaja desde dentro*», se pierde en el interior de los alimentos, obrando de forma imperceptible y sin espectacularidad. Es así como se construye el Reino de Dios, cuando el discípulo «*actúa como la sal*», como semilla, como levadura, productos, todos ellos, esencialmente humildes.

Sin embargo, «*la luz luce por sí misma*». Es suficiente, pues, que el discípulo «*quiera vivir como el Maestro*» para que su ejemplo sea visible a todos, siempre que no lo haga para ser visto. Obrar para ser visto es falsear la vida y dejar de ser luz.

Las Bienaventuranzas de Jesús son una llamada apremiante a «*elegir*» entre la vida y la muerte, entre la verdad y la mentira, entre el espíritu del mundo y la espiritualidad de Jesús. Y Bienaventurado es quien «*reconoce en su conciencia*» la voz de Jesús, como su razón de vivir. Entonces «*sus palabras de vida resuenan permanentemente en su corazón*» y puede decirse que «*se ha convertido automáticamente en sal y luz*».

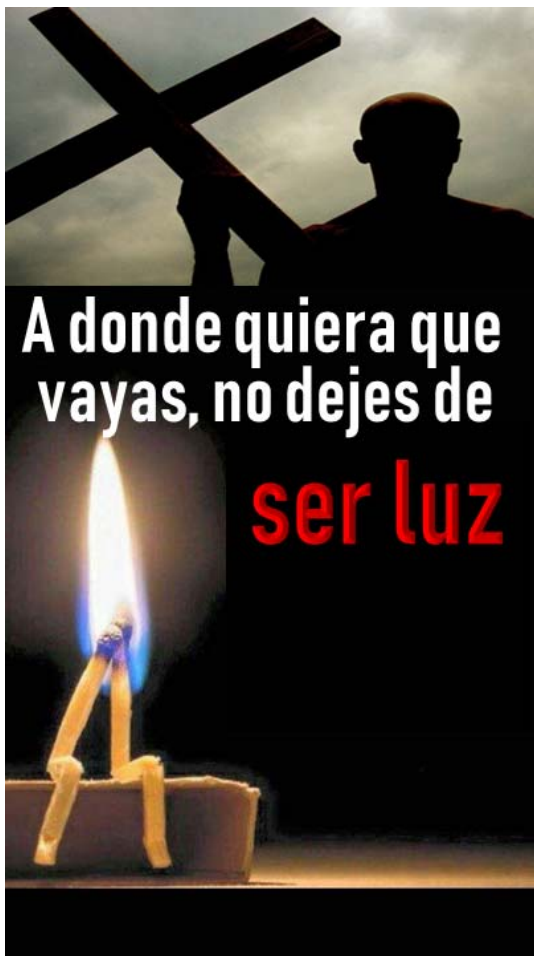
Decía San Juan Pablo II, que vivimos en un mundo que tiene necesidad urgente de un renovado sentido de la «*fraternidad y solidaridad*» humanas. Un mundo que necesita ser «*tocado y curado*» por la belleza y la riqueza del amor de Dios. Un mundo necesitado de «*testigos*» de ese amor, necesitado de «*personas que sean sal de la tierra y luz del mundo*».

A los cristianos no se nos pide salar o iluminar, sino «*ser sal y ser luz*». El matiz tiene su importancia. La tarea fundamental está en el interior de la persona, no fuera de ella. Por ello la preocupación ha de ser «*alcanzar la plenitud humana*». Si llego a ser sal, todo lo que toque quedará sazonado. Si llego a ser luz, todo quedará iluminado a mi alrededor.

No somos sal ni luz por lo que pensamos, ni tan siquiera por lo que hacemos, sino por lo que somos, «*por ser testigos vivientes del Evangelio*». Por ser creyentes en cuya vida «*se pueda ver la fuerza humanizadora y salvadora que encierra el Evangelio*» cuando es acogido con convicción y de manera responsable.

Es «*sal*» aquella persona que «*nos ayuda a saborear la vida*» porque «*nos contagia*» su gusto de vivir y «*nos apoya*» para que podamos experimentarla. Es «*luz*» quien, con su «*presencia amorosa*», disipa nuestras oscuridades y facilita que percibamos el sentido de nuestra existencia, de nuestra verdadera identidad.

La única manera eficaz de ser sal y luz, la única manera de evangelizar, son **«las obras buenas»** que podamos hacer, pero no para que sean vistas, sino como **«expresión del amor de Dios»** que anida en nuestro corazón.



«Evangelizar» no es, pues, proponer una doctrina muy elaborada y convincente, menos aún, obligar a los demás a aceptar nuestra propia ideología o nuestra manera de entender la realidad. **«Son solo obras lo que nos pide el Evangelio»**. Obras que han de ser el **«reflejo de una actitud vital auténtica»**, para que sirvan de cauce de iluminación para los demás.

«Solo lo que hay en mi interior puede llegar a los demás» a través de las obras. Únicamente es en las obras espontáneas de cada día donde podemos **«dar cuenta de nuestra fe»**. Si no es así, no conseguiremos transmitir nuestros valores ni siquiera a los seres más queridos.

Quizás sea un buen momento para interpelarnos. **«¿Acaso puedo ser sal, buena noticia, para alguien?»** ¿Acaso, no se nos ha vuelto sosa la fe? ¿No habremos caído en una **«anemia de vida interior»**, que nos impide experimentar y vivir la vida de cada momento de una manera más gozosa y fecunda?

Posiblemente una de nuestras primeras tareas sea la de volver a **«salar nuestra fe»**, al calor del Evangelio, la oración intensa y el clima de la comunidad fraterna.

Quizás necesitamos redescubrir que la fe es la sal y la luz que nos puede hacer **«vivir todo de una manera nueva»**: la vida y la muerte, la convivencia y la soledad, la alegría y la tristeza, el trabajo y la fiesta.

El Papa Francisco consciente de que vivimos en un **«mundo necesitado de luz»**, ha marcado como objetivo prioritario de su papado, la **«Evangelización»**, el ser sal y luz del mundo. Y no sin vehemencia nos exhorta a **«que hemos de salir hacia las periferias»**, allí donde hay más necesidad, allí donde están las personas más vulnerables e indefensas, y además, **«que prefiere una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades»**; nos anima a quitar miedos y asumir riesgos.

El Papa quiere introducir en la Iglesia lo que él llama **«la cultura del encuentro»**, convencido de que **«lo que necesita hoy nuestro mundo es la capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones»**. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
9 de febrero de 2020